

pensiones son el camino más sencillo para apaciguar a los acreedores. La negociación ha sobrepasado las dotes de maniobra del liderazgo político de este país.

Inevitablemente, la gente se lanza a las calles. Y Manolis Glezos siempre está con ellos junto a su compañero de indignación, Mikis Theodorakis, un legendario compositor de 87 años. Según parece, la historia de las protestas encaja a la perfección con su propia vida.

Glezos vive junto a su esposa en una vieja casa de dos pisos en un suburbio del norte de Atenas. Me da la bienvenida en un estudio contiguo a su salón, que está repleto de libros, fotografías... Los restos familiares de una vida plena, activa.

Glezos es un hombre viejo, pero nada indica que vaya a cumplir 90 años en septiembre. Su cara, austera y elegante, está coronada por

deben», dice. «Según mis cálculos, la cantidad suma 162.000 millones de euros. Con un 3% de interés, la cifra superaría el billón de euros. Grecia es el único país que no ha cobrado las reparaciones a las que tenía derecho. Y Alemania es el único país que no nos pagó. Bulgaria pagó. Italia pagó. Deberíamos hablar seriamente sobre esto. Nuestros gobiernos han estado mareando la perdiz durante décadas. He luchado por esta causa desde 1946».

Otra constante de su carrera es su creencia en la democracia absoluta, en el derecho de la gente a gobernarse a sí misma. Como alcalde de su aldea natal de Apiranthos, en Naxos, desarrolló un fugaz sistema de autogobierno en 1986. Él vislumbra algo similar para todas las naciones. «El poder debe pertenecer a la gente», dice. «Este cambio no puede ser frenado ni parado. Todos

ESCONDÍ LA BANDERA CON LA ESVÁSTICA EN UN VIEJO POZO. AHÍ SIGUE TODAVÍA. LOS NAZIS LO CONDENARON A MUERTE

«EJECUTARON A MI HERMANO A LOS 19 AÑOS. SE ME APARECE DE VEZ EN CUANDO. ESTOY LUCHANDO POR ÉL»

una espesa mata de pelo blanco. Sobre su labio hay un bigote como la nieve y perfectamente recortado. Dos ojos azules, incendiados de fervor juvenil, están encajados bajo sus salvajes cejas canas.

Su voz tiene un timbre ruidoso y cristalino: la voz de un político o un demagogo... y de los buenos. No parece que haya cumplido ni un día más allá de los 60. Charlamos sobre lo que charlan todos los griegos: la crisis financiera. «Hoy, la única solución son las elecciones generales», asegura. «Nuestro sistema electoral está en caos. El Gobierno está totalmente alejado de los deseos de la gente. Necesitamos elecciones y que los partidos de la izquierda se unan, que dejen sus diferencias al margen y logren la oportunidad de gobernar».

Según una reciente encuesta, esta posibilidad no sería imposible. Los tres partidos de izquierda (Izquierda Democrática, SYRIZA y los comunistas) obtendrían el 43,5% de los votos. Mientras, los conservadores de Nueva Democracia se quedarían en un escuálido 27,5% y el partido del Gobierno, el PASOK, se hundiría a la quinta plaza, con un 11%. Sin embargo, la idea de que los tres partidos aparquen sus ancestrales disputas y se unan parece bastante improbable. «Si la izquierda pierde esta oportunidad», clama Glezos, «debería disolverse».

Glezos tiene ideas muy claras sobre el futuro del país y se le da bien explicarlas. Cree que Grecia debería negarse a pagar ni un euro de su deuda «odiosa». Tiene un plan de cinco puntos para reformar la economía. Sabe exactamente lo que debe hacerse para resucitar la industria pesada, tiene propuestas para reestructurar su infraestructura energética... Y cree que Grecia debe exigir las reparaciones que Alemania le debe desde la guerra.

«Tienen que darnos lo que nos

debemos participar en la toma de decisiones. El poder político debe ser repartido entre todos los miembros de la sociedad».

Su lucidez y su elocuencia son hipnóticas; su entusiasmo y pasión, contagiosos. Uno puede desdeñar algunas de sus ideas como los chocheos de un anciano (algunos lo hacen), pero nadie puede negar el poder de lo que representa, o la forma en que ha usado (y honrado) su propio simbolismo durante 70 largos años. Esto es, por sí mismo, un logro a la altura de quitar la bandera nazi de la Acrópolis.

Le pregunto qué le anima, qué alimenta su pasión tras todas estas décadas de lucha. «118 amigos», dice. «Perdí 118 de mis camaradas. Fueron ejecutados durante la guerra civil. En esa época, antes de cada batalla decíamos lo que queríamos conseguir, nuestros sueños y objetivos, porque sabíamos que no todos sobreviviríamos. Queríamos que los supervivientes llevaran a cabo algunos de esos sueños. Yo sobreviví a toda esa gente».

Se levanta de la mesa y camina hacia un cuadro en la pared. Es un regalo de un pintor alemán. Es un retrato de su hermano.

«Mi hermano era tres años más joven que yo», dice con la voz más gruesa. «Lo ejecutaron con 19 años. ¿Cómo puedo olvidarlo? Se me aparece de vez en cuando. Me pregunta cómo van las cosas. Si hemos encontrado soluciones, si hemos hecho cosas. «¿Estás haciendo algo, Manolis», me pregunta. «¿Estás llenando ceniceros de colillas, simplemente hablando?»».

«Esto es por lo que estoy luchando», dice Manolis Glezos. «Estoy luchando por eso».

Thodoris Georgakopoulos, periodista, está escribiendo una novela sobre la crisis griega. Cada día, hasta el 29 de febrero, cuelga un capítulo en Februarios.com



1941. ENFRENTAMIENTO CON LOS NAZIS. El 30 de mayo, cuando Alemania invadió por completo Grecia, subió a la Acrópolis y se llevó la esvástica. Lo condenaron a muerte.



1952. HÉROE NACIONAL. La hazaña le convirtió en un símbolo de la dignidad griega ante las invasiones extranjeras. El Estado decidió honrarle con un sello, con la Acrópolis al fondo.



2012. INSUMISO. A sus 89 años, Glezos acude a todas las manifestaciones contra los recortes en primera fila. Este domingo, lo gasearon y acabó en la enfermería del Parlamento.